

LOS SANTOS DE LA CULTURA / SANTA GILDA / FICCIÓN

# ALE, SELVA & GRILLO

Leonardo Oyola es un especialista en descifrar los signos de la cultura popular. A través de la banda de sonido de cada época se puede narrar la vida de todos. Los santos de la cultura entran por el oído al corazón.

Es año nuevo.  
Exactamente medianoche, Memphis.  
Va a arrancar 1997.  
Y a vos te pinta una curda triste.  
Porque sabés que tu barrio está por rendirse.

## Leonardo Oyola

Es escritor. Publicó los libros de relatos *Sultanes del ritmo* y *Nunca corrí, siempre cobré*; las novelas *Santería* y *Sacrificio* para la colección Negro Absoluto dirigida por Juan Sasturain. *Siete & El Tigre Harapiento* (tercera mención del Premio Clarín-Alfaguara en 2004), *Hacé que la noche venga*, *Bolonqui*, *Sopapo*, *Gólgota* (traducida al francés) y *Chamamé* (Premio Dashiell Hammett al mejor policial en la XXI Semana Negra de Gijón, también traducida al francés). *Kryptonita* fue elegido el mejor libro de 2011 en Argentina, fue llevada al cine por Nicanor Loreti en el 2015 y vista por más de 120.000 espectadores.

**P**rimero pasó en Los Manzanares, San Alberto y El Tambo. Ahora va a caer Los Pinos. Después el resto de Casanova. Finalmente toda La Matanza. Tremendo. Impensado. Como también lo habrá sido para el resto del Gran Buenos Aires y hasta para la mismísima Capital Federal. Eso creés. Porque de lo único que podés hablar es de donde jugás de local.

En lo personal, recordás al '96 con inmensa alegría. Salvo la veda nocturna de Duhalde. Mucho Sarmiento a Once. Mucho Sarmiento a Moreno. Mucho dancin'. Muchos recitales. Mucho cine. Muchos libros. Algunos besitos. Y hasta un resto de guita en el bolsillo.

¿Qué me contursi?

Gracias al voley.

Todavía te defendías jugando. Más cuando hacías dupla con tu hermano. Y sobre todo cuando había una motivación... extra. Y no: no estamos hablando de polleras. Ahí, en los últimos terrenos baldíos sobrevivientes de La Chanchería. Partidos picantes con insultos y chicanas en un guaraní que no hablaban con tu *broder* pero bien que lo entendían.

De esa diferencia sumada en las apuestas vinieron los *compact*s de Los Piojos, de La Renga y de Los Caballeros de la Quema. De esa diferencia y de esos fines de semana al sol -red de por medio- también salió la teca para los recitales en Obras donde se presentaron *Tercer Arco* y *Despedazado en mil partes*.



No te alcanzó para la presentación de *Perros, perros y perros* en Dr. Jekyll.

Y a los Caballeros tampoco les alcanzó.

Y eso que sonaban en todos lados.

Y que el video de *No chamulles* aparecía en todas partes.

Una pena.

Porque si alguien contaba el Oeste de esa década, si alguien narraba la noche y las esperanzas que vos mismo tenías, ese era el Iván Noble de pelos largos y enmarañados, remeras con las caras de Bukowski y el Cuervo de Brandon Lee. Esa rabia en la voz que también era calma al amanecer. Un apellido hidalgo. Adjetivo para el nombre de su banda. Podría haber sido tu santo. Un San Jorge sin caballo blanco. Un San Jorge viajando en el furgón. Un San Jorge que ha visto los ojos colorados y le ha sentido el aliento a varios dragones de madrugada.

Pero no todos los poetas tienen que ser mártires ni cargar con una cruz.

No todos la tienen que quedar a los 27.

Agitarla de malditos.

Una picardía.

Irónicamente, la armadura del Caballero de la Quema va a ser un himno de misa cuando termine *Oxidado*.

Pero esa es otra historia.

Es medianoche.

Arranca 1997.

Y por sobre El farolito y los recuerdos que vuelven de aquel Verano del 92, La balada del Diablo y la Muerte se canta en las Noches vacías a las que le llora aquella que va a terminar siendo patrona de los desamparados y humildes.

Una más.

Porque con una sola no alcanza para la Argentina.

Estás a cinco minutos del Siglo XXI. Todavía no conocés a Bridget Jones pero sos igual a ella cuando hablás de música: solo ves el pulóver con el reno y no a Mark Darcy. Así y todo durante los primeros minutos de 1997 nadie te va a decir hereje. Pero bien que te van a tratar de amargo, entre otras cosas.

Te van a interpelar: “Justo vos, que te bailás de todo, ¿no te bailás las de Gilda?” Para contestarles sabiamente vas a optar por disfrutar del silencio, Depeche Mode. Tu respuesta tan solo va a ser gestual. Siempre. Esa primera vez y las que se van a ir sumando. Básicamente vas a variar entre encoger te de hombros o sonreír tímidamente. A veces vas a combinar los dos gestos. No vas a dar más pistas. No vas a pronunciar lo que tu interior proclama a gritos: que la cumbia te da mucha tristeza porque la cumbia te recuerda mucho a los que ya no están, muchos seres queridos a los que les tocó perder.

Que no sabés el por qué –o que preferís no contarlo– porque vos no lo rotulaste intencionalmente pero en tu alma –¡MIERDA!– que se te instaló que la cumbia es tristeza y muerte.

Eso, la puta madre.

Tristeza.

Muerte.

---

## Porque si alguien contaba el Oeste de esa década, si alguien narraba la noche y las esperanzas que vos mismo tenías, ese era el Iván Noble de pelos largos y enmarañados, remeras con las caras de Bukowski y el Cuervo de Brandon Lee.

---

Justamente durante los primeros dos mil vas a leer Tristeza; una historieta de Ángel Mosquito y Federico Reggiani en la que la hecatombe zombi post 2001 está dada por la gente que llora. Y que muchos para no caer en la amargura y en el dolor van a misa a rezarle a La Santita –así la llaman los personajes, nunca por su nombre– cantando *fuiste mi vida / fuiste mi pasión / fuiste mi sueño / mi mejor canción / ¡todo eso fuiste! / ¡pero perdiste!*

Gilda en este cómic hace rato no está viva. Pero hay una legión que encuentra en ella esperanza. Como así también un ejército de cinco vivos que se aprovecha para manipular ese espíritu y sumar adeptos a su causa. En el baile de año nuevo en el que solo vos no estás bailando Paisaje, Gilda murió hace tan solo tres meses y ya ha logrado un culto que hará olvidar por completo la versión original de Franco Simone.

¿Sabías que ella era fanática de Dyango?

Cuando te enteraste, eso te hizo sonreír. Y un poquito hasta te amigó con la lady.

Porque a Dyango lo quieren -¿y cómo?!- en Casanova. Precisamente: por su Niña de Isidro Casanova, en la que cuenta la historia de una madre soltera. Una buena intención. Un gesto bueno. Chiquito. Comparado con la cruzada de Gilda dentro del machismo imperante en la bailanta. Todavía no te anoticias de esa gesta. Preferís cantar vena en cuello Corazón (Corazón mágico). Que no te vengan con novenas sinfonías porque ese es tu himno a la alegría, ¿no? Que el Dyango para la tristeza es el de Esta noche quiero brandy. Y que el Dyango pata de lana es el que cantaba con los Pimpinela.

Que hay Dyango para todos los gustos.

Pero Gilda es santa y soberana acá y en Chile, Bolivia y Perú.

Santa, sí.

Inmaculada, no.

Y que por eso es del pueblo.

Porque anduvo en mugre y sangró.

Es año nuevo.

Exactamente medianoche, Memphis.

Va a arrancar 1997.

Madura el *nocaut* a la hegemonía del rock barrial, ni más ni menos que en el mismísimo barrio.

Y a vos te pinta una curda triste.

Todavía falta una década para que sonrías de oreja a oreja viendo a la gente bailar las canciones de Gilda. Va a ser en una terraza en Flores. En donde la dueña de casa y el amor de tu vida las bailen juntas. Cual tema poco conocido del repertorio solista de Sting, vas a estar tan feliz que no vas a parar de llorar al verlas. Venís de años duros. Los peores que te tocaron. En los que no daba largar los mocos. Ni ahí. Y de repente la cosa empezó a mejorar. Sale el sol. Es de noche. Todo se ilumina y es luminoso cada vez que celebran sus cumpleaños tus amigos de Flores. Aún no la vas a bailar. Pero te persignas para agradecerle el enorme milagro que te está regalando. El de volver a ser feliz.

Es año nuevo.

Exactamente medianoche, Memphis.

Va a arrancar 1997.

La corona de quién cuente de ahora en más cómo es la vida en las calles de tierra, le pertenece mercedamente a su majestad la cumbia.

Y a vos te pinta una curda triste.

Pero no llorás.

Llorar, lo que se dice llorar, lo vas a hacer 19 años y nueve meses después en la oscuridad de una sala cinematográfica viendo la película de Gilda ante su versión a capella de No es una despedida. Mirá que lloraste varias veces en el cine desde aquella primera por el *King Kong* de Jessica Lange, abatido por helicópteros de combate. Pero esta no te la veías venir.

Amén de ya conocer el destino trágico en ese kilómetro 125 de la Ruta 12 devenido en santuario. Te tocó. Te conmovió. Lisa y llanamente eso. Lo que vos te dedicás a contar. Una historia. La de ella.




---

**Todavía falta una  
década para que sonrías  
de oreja a oreja viendo  
a la gente bailar las  
canciones de Gilda.  
Va a ser en una  
terracea en Flores.**

---

Es año nuevo.

Exactamente medianoche, Memphis.

Va a arrancar 1997.

Todavía no lo sabés pero, esas canciones que no vas a bailar, son y serán de las más sentidas en la banda de sonido de tu propia película. ■